

# NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO II

NÚM. 1

## LAS PREVARICACIONES IDIOMÁTICAS DE SANCHO

### I. Çonço

No está *çonço*, ni derivados, en Nebrija ni en los vocabularios del siglo xvi (Cristóbal de las Casas, Percival, Minsheu);<sup>1</sup> de los del siglo xvii parece que sólo el bilingüe de César Oudin la recoge.<sup>2</sup> No lo traen Palet, 1604, C. Vittori, 1609, Covarrubias, 1611, Franciosini, 1620. Creo que la omisión de *çonço* en Covarrubias es muy significativa, en vista de que ni siquiera le viene a las mentes al describir la significación de *maxmordón*, que era muy próxima a la primitiva de *çonço*: "MAXMORDÓN. Dize el padre Guadix ser nombre arávigo, y que vale tanto como hombre de poca estima, tardo, pasmado y sin discurso. Comúnmente llamamos *maxmordón* aquel en quien, ultra de concurrir lo dicho, de callada save hazer su negocio, aunque sea dando pesadumbre y sufriendo injurias." Cf. más abajo lo que Correas nos dice de *Çonço*. Una sola explicación hallo de esta omisión: para Covarrubias no existía en la lengua *çonço*, nombre común (adjetivo), aunque sin duda corría con gran popularidad *Çonço*, nombre propio, que por entonces se estaba haciendo común. Aun así no deja de sorprendernos que un lexicógrafo como Covarrubias, al dar la significación de *maxmordón*, ni añada que "ahora la gente prefiere decir *çonço*", ni que *maxmordón* era ya palabra caduca: Baltasar del Alcázar (1530-1606) la incluye en una lista de palabras "del tiempo viejo" (*Poesías de Baltasar del Alcázar*, ed. Rodríguez Marín, Madrid, 1910, pág. 113), y Baltasar de Echave, en sus *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra bascongada*, México, 1607, cap. xv, la cita "como vocablo antiguo castellano" (ap. Rodríguez Marín, *ob. cit.*, pág. 285). No lo trae el *Diccionario de Autoridades*.

En el siglo xviii, Francisco Sobrino, *Diccionario nuevo de la lengua española y francesa*, Bruselas, 1705: "Sonço, m. idiota. Lourdaut." "Zonzo, m. Lourdaut." "Zonzo en los ojos, m. Qui a la vue courte." El capitán John Stevens, *A new Spanish*

<sup>1</sup> No se puede pensar en omisión. PERCIVAL-MINSHEU, 1599, 1623, no trae *çonço* ni *zonzo*; en el *Dict. English-Spanish*: "a foole, albardán, atrochado, bovo, duendo, tonto, loco".

<sup>2</sup> Véase abajo, nota 3. No lo trae JEAN PALET, Paris, 1604; en el francés-español: "Badault, badin, tonto, bovo, necio, badajo, truhán, chocarrero." "Lourd, lourdaut, bausán, bronco, çafarí, çafro, tosco, brutesco, bovo, basto, majadero, badajo, majagranças, pataco, testarudo." "Lourdise, pachada, grossería, pachochó." Puso todos los sinónimos que conocía y no está conco.

and English Dictionary, London, 1705-6: "zonço en los ojos, short sighted, Oudin". Sobrino y Stevens siguen a Oudin, pues.<sup>3</sup> Después de Sobrino y Stevens, y sin prestarles atención, documenta zozzo y derivados el *Diccionario de Autoridades*, 1739: *zoncería, zozzo, ave zozza, zozzorrión*.<sup>4</sup>

El *Diccionario* de Sobrino recoge preferentemente la lengua literaria del siglo anterior: "con muchas frases y maneras de hablar particulares, sacadas de diferentes autores españoles, principalmente de Covarrubias, de Saavedra, de Quevedo, de Gracián y de Solís". Stevens utiliza "los mejores autores españoles". La Academia, por supuesto, tiene también puestos sus ojos en el siglo de oro.<sup>5</sup> Y, en efecto, hay algunos ejemplos literarios del siglo XVII, y lo trae Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, c. 1627: "Entrarse a lo zozzo. El que es pegadizo sin ser llamado", pág. 571; "hacerse el zozzo. So capa de bellaco", pág. 591.<sup>6</sup> Y otro pasaje revelador que veremos luego. El *Diccionario de Autoridades* trae dos ejemplos de Lope de Vega, uno de *zozzo* en la comedia *El pesado aragonés*, y otro del deformativo *zozzorrión* en la comedia *San Nicolás de Tolentino*:

1. Pues no creas ojizarcas,  
que hay destas zozza y modorra  
que es como callo de zorra.
2. Pues infame, zozzorrión,  
¿así te atreves...?

Otro ejemplo de Guillén de Castro, en la comedia americanista de tramoya *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, Marqués de*

<sup>3</sup> Mi amigo y distinguido colega Yakov Malkiel ha revisado para mí las ediciones del *Tesoro* de César Oudin de 1607 y de 1616 y no ha encontrado *zonço* (ni *sonço, zozço*); tampoco figuran en el apéndice *Vocabulario de gerigonça*. Sin embargo, es casi seguro que esté *zonço* en las ediciones posteriores 1621-22, 1625, o quizá en las que publicó con adiciones su hijo Antonio (París, 1645, 1660), o en la también aumentada de JEAN MOMMARTRE, Bruselas, 1660, o en la que apareció en Lyon, 1675, sin nombre responsable, que se dice también aumentada (LA VIÑAZA, col. 1479). Stevens declara que toma *zonço* de Oudin, y el *Diccionario* de Sobrino "es la última edición del *Tesoro* de Oudin [¿De César, 1525?, ¿de Antonio, 1660?, ¿la de 1675?], que Sobrino se ha apropiado, con la inserción de nombres propios y diálogos al final" (W. I. KNAPP, *Concise bibliography of Spanish Grammars and Dictionaries*, Boston, 1884, pág. 8).

<sup>4</sup> "Zoncería s. f. Insulsez o falta de sazón. Úsase frecuentemente en sentido metafórico. Lat. *Insulsitas, atis*." "Zozzo, za, adj. Insulso, sin sazón o sabor por falta de sal. Lat. *Insulsus, Insipidus, a, um*." "Zozzo, Metafóricamente llaman al que es poco advertido, sin viveza o gracia en lo que hace o dice. Lat. *Insulsus. Ineptus*." Aquí el pasaje de Lope con "zozza y modorra" que luego citamos. "Ave zozza, Apodo con que notan al descuidado, simple, tardo y sin viveza o gracia en lo que executa. Lat. *Stolida avis*" (!!). "Zozzorrión, na, s. m. aumentativo de zozzo. El demasiado insulso, tardo o simple. Lat. *Stultissimus*." Aquí el pasaje de Lope que luego utilizamos.

<sup>5</sup> La Academia, además, está más atenta en las acepciones a la imaginada etimología que a la descripción del uso real, y fragua un sentido básico 'comida sin sal' y otro derivado y metafórico 'bobo', aplicando a *zozzo* las significaciones de *sozo*, aunque el supuesto sentido básico no lo pudo autorizar con ninguna cita. Miguel Antonio Caro, el académico y poeta colombiano, escribe una vez *hierbas zozzas* 'hierbas desabridas' en su traducción de la *Eneida* (lib. III, v. 650), con adjetivo de ampliación. Pero la hermosa lengua de Caro está en mucho formada por palabras de diccionario. Ni en Colombia ni en parte alguna de América existe, que sepamos, tal sentido gustativo de *sonso*. Creo que Caro tomó esta acepción del *diccionario académico*.

<sup>6</sup> Cito por la edición de la Academia, Madrid, 1924. Dudo que pertenezca a *zonço* el *zozzón* de la frase "zozzón, parejuelos son", pág. 519, sin glosa, y con certeza no pertenece al *zozzonar* de "el vino de viña vieja me zozzona la oreja", pág. 507, que debe de ser forma onomatopéyica sobre *zon-zon, zum-zum*, con *z* sonora originaria.

*Cañete*:<sup>7</sup> En el acto I, Chilindrón, el gracioso español, ha engañado vistiéndose de hierba a Coquín, el gracioso araucano; en la batalla del acto III, Coquín hace prisionero con otro ardid a Chilindrón y le quiere arrancar confesiones:

COQUÍN.— Decid, acabad.  
 CHILINDRÓN.— (No sé  
 qué decir; fingirlo quiero.)  
 COQUÍN.— ¿Vos no fuistes hierba?  
 CHILINDRÓN.— Yo  
 soy un zonzo.

Lo usa también Quiñones de Benavente en su entremés *Don Gaiferos y las busconas de Madrid*, Madrid, 1664 (ap. COTARELO, *Colección de entremeses*, II, 613; noticia que debo al profesor Joseph Gillet): “*María*.—A campar. / *Inés* (su criada).—¿Qué es campar? *María*.—¿Hácestes zonza? / Campar es un vocablo gerigonza...” No se usaba *çonço* aplicado a cosas.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Hecha a trozos con ocho autores más; impresa en Madrid, 1622. Uso la edición de *Bibl. Aut. Esp., Comedias de Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, Madrid, 1866; el pasaje citado está en la pág. 505 c.

<sup>8</sup> Única excepción que conozco, un pasaje del P. Diego Malo de Andueza, 1663: “Si la tierra es zonza y el agua amarga, no sé yo cómo la estación podía ser buena.” Ap. JUAN MIR y NOGUERA, *Rebusco de voces castizas*, 532. El Padre Malo de Andueza, logroñés, fué abad de San Pedro de Eslonza (León) de 1657 a 1661, y luego pasó a ser abad de San Millán de la Cogolla, donde había profesado, y Predicador General de la Orden de San Benito. (Cf. FR. GREGORIO DE ARGAIZ, *La perla de Cataluña. Historia de Nuestra Señora de Monserrate*. Escrita por... cronista de la Orden de San Benito. Madrid, 1677, pág. 404, en el cap. cxxxii, donde se hace relación de los abades que tuvo el monasterio de San Pedro de Eslonza.) Parece, pues, que el tierra zonza del P. Malo es el leonesismo tierra sonce, identificando mal el autor el localismo sonce, desvalorativo de cosas, con el general zonzo, desvalorativo de personas; algo así como Sarmiento y otros argentinos que veían en el argentinismo (<portugués) malevo el académico malévolo y así lo escribían, cf. RFH, I, 1939, págs. 378-382, y II, 1940, págs. 177-181. El único testimonio antiguo, 1601, escribe sonze, y ahora se pronuncia uniformemente sonce. No la traen los diccionarios, pero sí FRANCISCO DEL ROSAL, *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana*, manuscrito de 1601, que le da etimología y descendencia disparatadas: “sonce: de simplice latino, y de allí senzilla, cosa que es sonzilla”. El agarradero fué el común consonantismo s-nz-. (Debo la cita a mi querido amigo don Samuel Gili Gaya.) No dice el Dr. Rosal qué significaba sonce (aparte su relación con ‘senzillo’), pero lo podemos ver por sus actuales supervivencias, todas rústicas y todas agrupadas en el Occidente de León: ALFONSO GARROTE, *Dial. vulg. leonés* (Maragatería y Astorga): “sonce. Ruin, malo, de clase inferior, hablando de cosas o géneros comerciales. Terreno sonce, chocolate sonce, tela sonce”. V. GARCÍA REY, *Vocab. del Bierzo*: “Sonce, adj., Flojo, Mediano. Ese vino es sonce; ese terreno es sonce.” El terreno sonce del Bierzo y Maragatería se corresponde del todo con la tierra zonza del P. Malo. Además: en la Cabrera Alta (León), pan sonce ‘de mala calidad’ (cf. “El pan salioum-un poucu sonce y peme que fu’l furmientu.” ÁLVAREZ BARDÓN, *Ribera del Ortigo*, 36). “Cantos sonces, piedras menudas y desiguales para el relleño del puntido” (FERNÁNDEZ Y BALBUENA, *Ardoncino*, 231). Sonce se refiere siempre a cosas; sólo en JULIO PUYOL, *Glos. de algunos vocablos usados en León*, en RHi, 1906, xv, pág. 11, se refiere a personas: “Sonce, como ladino, avisado, perito o entendido.” Este sonce aplicado a personas necesita confirmación, ya que ningún otro leonesista lo anota con tan alejado sentido, de ‘ladino’ o ‘perito’; de todos modos, nada tiene que ver con zonzo, de significación opuesta. Si se confirma como usado, habrá que pensar en una contaminación (aunque no basta) del sonso de los vecinos portugueses, con su sentido de ‘bellaco, tonto fingido’. (Si no es que Puyol se dejó llevar por definiciones de sonso como la de CÁNDIDO FIGUEREIRO, *Novo Dic.*: “Solerte, manhoso, dissimulado, velhaco.”) Sea como fuere, el sonce ‘ladino’, etc., de Puyol es única aplicación a personas, y el zonza de Malo, única aplicación a cosas; y aunque el proceso de extensiones semejantes es bien frecuente y conocido, con todo, hasta hallar confirmación, el zonza de Malo nos parece un error muy probable, y el sonce ‘ladino’ de Puyol sólo posible. Si uno de los dos se confirma, o los dos, sin duda ha habido contaminación. Lo que no tiene duda, a mi juicio, es que *çonço* y *sonce* son palabras sin conexión de origen. Agradezco a la Srta. Concepción Casado Lobato todos los datos sobre sonce —que pertenecen a su tesis en publicación *El habla de la Cabrera Alta* (León)— así como las noticias biográficas del P. Malo.

La palabra pasó desde Castilla al portugués, por un lado (se oye algo en gallego), y al catalán y valenciano por el otro, en ambos casos, naturalmente, con sus *s-s*, y en ambos vive hasta hoy. El portugués lo ha fijado con el sentido de 'bellaco, fingidamente simple',<sup>9</sup> discrepante del sentido americano y catalán-valenciano, que es básicamente el de 'bobalicón'; pero esta discrepancia, como veremos en seguida, tiene gran poder comprobatorio para el origen de *zozzo*, y se complementa exactamente con el otro sentido. Las formas catalanas son *sonsería*, *sonso*, *sonsament*, *sonsás*, *fer lo sonso*;<sup>10</sup> val. *sonso*, *sonsería*, *sonso*.

En castellano, *zozzo* y derivados fueron perdiendo circulación y debieron quedar obsoletos en el transcurso del siglo XVIII. Las formas *zoncería* y *ave zozza* del *Dicc. Aut.*, que no conocemos en la literatura del siglo XVII, denuncian un uso coloquial coetáneo (además *zoncería* se confirma en los préstamos valenciano y catalán); pero ya no tenemos otro indicio de vitalidad. Después del *Dicc. Aut.*, todas las ediciones del diccionario académico lo resumen y todos los demás diccionarios copian al de la Academia con su *zozzorrión* y todo, o no recogen la voz; ninguno refleja conocimiento directo del uso. No la recogen los libros de sinónimos castellanos (J. L. de la Huerta, escrito en 1789; *Synonyms of the Spanish language*, by L. J. A. Mc Henry, 1826; el de D. S. Jonama, 1836; el de D. J. March, 1834, el de J. de Mora, 1855; el de Benot, a pesar de estudiar algunas palabras como *insulso*, *insípido*, *bruto*, *rústico*, *torpe*, *memo*, *tonto*, etc.); ni la he visto en autores peninsulares

<sup>9</sup> Algunas definiciones: "Sõnso that is stupid or foolish or sluggishly dull" (*A complete account of Portuguese Language being a copious Dictionary of English with Portuguese and P. w. E.*, by A. J., London, 1701.)

"Sõnsa [sust.] Sagacidade dissimulada. Affectada necedade." "Sõnso. Maliciosamente simple." (*Vocabulario portuguez e latino del P. RAPHAEL BLUTEAU*, Coimbra, 1712.)

"Sõnso, a. Subdolè sincerus, a, um." (*Dicc. port. e lat.*, por CARLOS FOLGMAN, Lisboa, 1755.)

"Sõnsa, s. f. slyness, affected simplicity." "Sõnso, a, adj. sly, that affects simplicity." (*A Dict. of the Port. and Eng. Lang.*, by ANTHONY VIEIRA, London, 1794.)

Después del siglo XVIII: "Sõnsa, s. f. sagacidade con dissimulação." "Sõnsice s. f. O mesmo que sonsa." "Sõnsinho, a, adj. Dim. de sonso." "Sonso, a, adj. (t. pop.). Astuto e fino que cobre a sua espezteza com ar e mostras de simpleza e tolice; manhoso, dissimulado, finorio, velhaco." (*Dicc. da lingua port.* de ANTONIO DE MORAES SILVA, lo copia el Grande *Dicc. port.* ou *Thesouro da lingua port.* pelo DR. FR. DOMINGOS VIEIRA, Porto, 1874. Y a Moraes o a A. Vieira copia el de EDUARDO DE FARIA, 3a. ed., 1857, añadiendo una etimología disparatada: "so por sob o nescius".)

El *Vocab. ortogr.* de A. R. GONÇALVES VIANA (2a. ed., 1913) y el *Vocab. Ortogr.* de la ACADEMIA DAS SCIENCIAS DE LISBOA, 1940, traen coincidentemente *sonsa*, *sonsana*, *sonsice*, *sonside*, *sonsinho* y *sonso*. En el *Dicc. da antiga linguagem port.* de H. BRUNSWICK, Lisboa [1910], no se registra.

De los tres diccionarios gallegos que he consultado (CUVEIRO PIÑOL, 1876, VALLADARES, 1884, CARRÉ ALVARELLOS, 1933) sólo el de Valladares trae nuestra palabra: "sonso, Atontado, entontecido por el sueño. Bobo, necio, desmemoriado". No tiene la significación portuguesa. La primera acepción denuncia una asociación con *sono* 'sueño, ganas de dormir'. Como el gallego, que distingue *s-c*, dice *sonso* y su significación discrepa de la portuguesa, probablemente su *sonso* no proviene directamente de Castilla (diría *zozzo*) ni de Portugal (significa 'bellaco'); creo que lo habrán llevado los miles de gallegos que se repatrian después de muchos años en América.

<sup>10</sup> Los diccionarios que he podido consultar acomodan al catalán las definiciones del *Dicc. Aut.* El *Dicc. de la llengua cat.* per una societat de catalans, Barcelona, 1839 (?), explica *sonsería* y *sonso* lo mismo que el *Dicc. Aut.* *zoncería* y *zozzo*. El de LABERNA, 1864: "Sonsament: ab sonsería, zonzamente, insulse"; "sonsás: zozzorrión, Stultissimus"; "sonsería: tontería, zoncería, Insulsitas.// Aixutesa, falta de sabó en las viandas"; "sonso =fat, faltat de sal.// Met. Poch advertit, sèns vivesa ni gràcia en lo que fà o diu"; "fer lo sonso: fingirse tonto per sas conveniencias". El *Diccionario* de SANTIAGO A. SAURA, Barcelona, 1870, en el tomo cast.-cat. trae "zoncería: fadessa; zozzo: fat; y zozzorrión: muy zozzo, sonsás"; pero en el tomo cat.-cast. no trae ninguno, ni siquiera el *sonsás* antes usado. Ignoro qué uso real tendrán estas palabras en catalán: ni el *Diccionario* de Alcover ni el *Tresor* de Griaer han llegado todavía a la S.

posteriores al siglo de oro (aunque quizás esté en alguno del XVIII). Tampoco ha perdurado en las hablas regionales de la Península, excepto en el Reino de Murcia, en la forma *sonso*, extraña con sus s-s, ya que Murcia no es región de seseo; sin duda es valencianismo.<sup>11</sup>

En América, en cambio, *zonzo* y derivados son hoy palabras de mucho uso desde México hasta Chile y Argentina; cuando se escriben, la ortografía es varia (pero no significativa de varia pronunciación, ya que el seseo es general; lo que indica es que no se tiene para fijarla el apoyo que en otras palabras da el uso español, con distinción s-z): *sonso*, *zonzo*, *sonzo*, *zonso*, *sonsera*, *zoncera*, *azonzao*, *asonzar*, etc.<sup>12</sup> La extensión general de *zonzo* por América denuncia que su introducción y triunfo debió de ocurrir en el siglo XVI o en seguida después, la época de unificación americana, y en gran medida de unificación americano-española; el siglo XVII trae ya, con el depauperamiento de la actividad española y de su vitalidad en general, el comienzo del aislamiento de las regiones americanas y la formación de las sociedades regionales; desde entonces se acentúan y multiplican los particularismos, la sociedad de cada región atiende menos a las de las otras, los modos de vida y de hablar se localizan y la generalización de rasgos se hace muy difícil.

Por último, con la muy extraña (y solitaria) pronunciación *zonzo*, con s-s sono-

<sup>11</sup> ALBERTO SEVILLA, *Vocabulario murciano*, Murcia, 1919: "Sonso. Que no tiene gracia ni viveza. Zonzo. Que aunque se hace el sonsico//es un grande calabera. M. ORTEGA, *El pastor de Mariesparza*, Murcia, 1859." JUSTO GARCÍA SORIANO, *Habla vulgar... murciana*, Murcia, 1919, pág. 54: "Sonso ('zonzo'), en cat. *sonso*." ID., *Vocab. del dial. murc.*, Madrid, 1932: "Sonso, a, adj. Zonzo. (En cat. y val. *sonso*.) Us. t. en América." Y añade los citados versos de Ortega. ALONSO ZAMORA VICENTE, *Notas para el estudio del habla albaceteña*, en RFE, xxvii, 253: "Sonso 'soso'. Comp. val. *sonso*, *sonsera*, *sonsat*, etc." En la pág. 237 incluye por inadvertencia *sonso* entre las palabras "de aspecto aragonés" que han conservado el grupo latino ns: *pansio*, *pansirse* 'pasarse las frutas', *ansa* 'asa' (García Soriano añade *suspensar* 'sopesar'), "y *sonso* 'soso' (junto a *zonzo*)". Pero *zonzo* no es forma de la región; García Soriano y A. Sevilla la dan sólo como correspondencia (académica) castellana. La procedencia valenciana (o quizá catalana) de esta palabra murciana no puede ponerse en duda. Murcia es región de estrechas conexiones histórico-lingüísticas con Aragón, Cataluña y Valencia. Ya GARCÍA SORIANO, *Vocab.*, §16, la incluye entre las "Voces procedentes del catalán y valenciano que han conservado en el dialecto murciano su forma o pronunciación originaria."

<sup>12</sup> Formas registradas en los vocabularios de argentinismos, mexicanismos, venezolanismos, puertorriqueñismos, etc. Para un vistazo general (muy incompleto), ver el *Dicc. de Americanismos* de Malaret. En la América Central hay derivaciones complicadas: el sufijo gentilicio náhuatl *-écatl* > *eca*, *eco* (*tlaxcalteca*, *chichimeca*, *guatemalteco*) ha servido luego para formar adjetivos que significan vicios o defectos (mex. *cacareco* 'picoso', *cachureco* 'torcido', *guat. boleco* 'borrachín', *tuturoco* 'contrahecho', etc.); de este tipo, en Honduras *tuntuneco* 'tonto' y *zonzoneco* 'muy zonzo' (ver CUERVO, *Prólogo al Diccionario de costarriqueñismos* de Carlos Gagini, 2a. ed., San José, 1919, pág. 23). Cuervo apunta atinadamente que a la sombra de este sufijo indígena parece haber cobrado en Centro América el sufijo español *-enco* (*zopenco*, *azulenco*) alguna vitalidad mayor que en España: en Costa Rica *flaquenco* 'flacucho' y *zorenc* 'zopenco, zonzo'; en Guatemala *zorenc* y *azorencado*, que parece tener conxión con *azurumbado* 'atontado', en Colombia *zurumbático*. En Costa Rica Gagini anota *zonzoreco*, *zorenc*, *zonzoreno*, *zoreco*, *azorencado*, *zonzo*; y para Honduras *zonzoriano*. Hay que tener presente, por un lado, que se han introducido en el español de América muchos nombres indígenas de defectos y deficiencia personales, y, por otro, que se prestan particularmente a la contaminación las palabras de significación emotiva y las estimativas de signo afín; ya dice Gagini: "hemos formado este despectivo (*zonzoreco*) a imitación de *patuleco*, *chueco*, etc.". Dudo que *zorenc* sea mera variante de *zonzo*, p. e. (*zon*)*zoreco*. Esta serie centroamericana requiere un estudio aparte y cauteloso. Así ante frases como "la zonta de tu abuela" J. Bruch (que ve en *zonzo* un *soso* ceceado por los andaluces y con la n de *intonso*, *tonto*) vería un *zonzo* + *tonto*; pero es un nahuatlismo que significa 'desorejado'. En sólo dos páginas de Gagini encuentro: *zompopo* 'hormigas cortadoras' y 'tonto, simplón'; *zoncuán* 'avispa melera' y 'tonto'; *zopilote* 'gallinazo' y 'borracho'; *zamarro* 'astuto, bellaco'; y con *zonzoreno* agrupa el académico *zonzorrión* y *zopenco*, *zolocho* y *zopo*, que en español significaba 'lisiado del pie' y que ha entrado también en la serie 'tonto' con la variante *zompo*.

ras, vive entre los judíos españoles de Marruecos (no entre los del Mediterráneo oriental, desconectados de España en el siglo xvi): “en *zahorí* (que se pronuncia *zohrí*), en *zambo*, *zonzo*, la *z* equivale a la *z* francesa de *zizanie*”.<sup>13</sup> Un hecho notable: *zonzo* ha perdurado hasta hoy en todas las tierras adonde fué exportado (Portugal, Cataluña, Valencia > Murcia, Marruecos, América), pero en su tierra originaria cayó en desuso ya en el siglo xviii.

Los académicos de 1739 pensaron, evidentemente, en una etimología *i n s u l s u s* y en *zonzo* como variante de *soso*. Meyer-Lübke, en la primera edición de su *REW*, 1911, art. 4476, *i n s u l s u s*, que incluye esp. *soso*, port. *ensoso*, añade entre paréntesis, es decir, rechazando la etimología propuesta: “(El esp. *zonzo* difícilmente entra aquí)”. J. BRUCH, *Zu Meyer-Lübkes etymologischem Wörterbuch*, en *ZRPh*, 1914, xxxviii, pág. 694, patrocina la etimología académica rechazada por Meyer-Lübke y explica sus anomalías: “El esp. *zonzo* está, con su andaluza *z-s*, por \**sonso*, que sobrevive en el mexicano *sonsera* ‘Dummheit’. \**Sonso* es *soso* + *intonso*, tonto”. Bruch no convenció (cf. *RFE*, vi, 401), y Meyer-Lübke, en la edición de 1924, no modificó su paréntesis; en la de 1935 hasta lo suprimió con su contenido, como cosa no digna siquiera de mención. Y en efecto, la explicación de Bruch es mero manipuleo de posibilidades, sin conocimiento de los hechos históricos ni geográficos. Gonzalo Correas, c. 1627, es quien nos da la explicación de esta misteriosa palabra, desconocida en España hasta el siglo xvi, tomada entonces y abandonada en el xviii, y perdurada con gran vitalidad en toda América: “*Zonzo*. Fué nombre de un mozo bellaco que se fingió tonto para engañar al amo, en un entremés, y llevarle una hija, y de él se varían frases *a lo zonzo* y otras.”<sup>14</sup>

No he conseguido dar con tal entremés,<sup>15</sup> pero, midiendo todas las posibilidades, esto parece lo razonable: primero, que el nombre común debió venir, en efecto, del nombre propio, pues, de haber sido al revés, Correas tenía sobrado conocimiento del idioma y estaba lo bastante cercano al hecho como para reconocerlo así; lo apoya también el que no se registre *çonço* antes; segundo, que, aunque cercano, el entremés ya no era tan reciente que Correas lo viera incluído en su propio presente, como indican los pretéritos simples; y en efecto, cuando Cervantes escribía su *Quijote*, c. 1602, era ya *Çonço* personaje popular. Aquí es donde las acepciones portuguesas vienen a confirmar la explicación de Correas: “*sonso*, maliciosamente simple, bellaco”. (¿O sería el entremés perdido originario de Portugal?) Los ejemplos citados de Lope más parecen ajustarse a esta significación que a la posterior de ‘bobalicón’; el de Guillén de Castro parece tener el sentido segundo, pero no es posible, ni siquiera difícil, el primero; el de Quiñones también es ambiguo.

<sup>13</sup> JOSÉ BENOLIEL, *Dialecto judeo-hispano-marroquí o hekitía*, en *BAE*, 1926, xiii, pág. 232. Debe haber en esta pronunciación algún cruce, o bien una recreación de tipo fonético sugestivo, a base de la idea de ‘moscardones’.

<sup>14</sup> *Vocab. de refranes*, pág. 662. El occidental Correas (Korreas, según su propia ortografía) es el primer ortógrafo que programáticamente renuncia a la distinción ç-z (viva aún en la pronunciación del reino de Toledo hasta aquellos mismos días; último testimonio seguro, Juan Pablo Bonet, 1620); Correas escribe *za*, *ze*, *zi*, *zo*, *zu*: *oración*, *prinzipio*, *konozidas*, etc.

<sup>15</sup> El profesor Gillet, nuestro mejor conocedor de este género literario, me escribe que tenía apuntado este *Entremés de Zonzo* entre otros al parecer perdidos, conocidos sólo por alguna alusión, y que no ha logrado dar con él.

En su origen, pues, *çonço* (pron. *tsontso*) no fué una deformación de *soso*,<sup>16</sup> demasiado lejos fonéticamente, y también semánticamente: *çonço* significaba o bien 'bellaco, cazurro, marrullero, socarrón', o bien 'bobalicón', nunca 'soso, sin gracia', como le aplicaron los académicos y sus seguidores; en América significa hoy 'bobalicón'.<sup>17</sup>

Pero podemos interesarnos por el hecho de invención estilística que movió a quien tal palabra forjara a darle esa forma, y entonces vemos el acto de estilo inscrito en el sistema de la lengua: *çonço* se formó conforme a la serie de palabras muy emotivas (a veces interjectivas) que significan 'corto de luces' o bien 'sin gracia o consistencia', o, en fin, 'enojoso', y que fonéticamente son bisilábicas, de sílaba repetida ó-o (con nasal infija o sin ella), o por lo menos de consonante repetida: *bobo*, *chocho*, *tonto*, *ñoño*, *soso*, *fofo* (y luego *zopo*, *zompo*) y *lelo*, *memo*, *plepla*; por su ç- había apoyo también en *çote* y *çopenco*. Pero el significado cristalizó, primero, no según esta familia de palabras, sino según era el carácter de aquel mozo bellaco de comedia ('tonto fingido' > 'tonto'). Después fué cuando la familia léxica (el sistema en que quedó incluido *zonzo*) ejerció una acción niveladora sobre el significado de *zonzo*, sin duda a favor del uso interjectivo, y lo hizo sinónimo de *tonto* y *bobalicón*. La frase frecuentísima *hacer(se) el zonzo*, donde el significado 'comportarse como Çonço, que se fingía tonto' se equivalía con el directo de 'fingirse tonto', pudo influir en el cambio de significación tanto como el uso interjectivo, también frecuentísimo.

Esta palabra es, pues, por su historia hermana de *lazarillo*, *tenorio*, *quijote*, *celestina*, y, sobre todo, de *pánfilo*, que además es su sinónimo; sólo que, en oposición con sus ilustres compañeros, los personajes originarios de *pánfilo* y *zonzo* han caído en el más completo olvido, Pánfilo excepto para los eruditos, Çonço sin excepción alguna.

## II. *Catón Çonçorino* (*Quijote*, I, 20)

Sancho está muerto de miedo en la noche oscura del bosque, con el espantoso ruido de cadenas y de misteriosos golpes alternados, y, aguzando su imaginación, se empeña en retener hasta el alba a don Quijote, que se quiere disparar sin tardanza hacia la peligrosísima aventura. Ya se ha ingeniado para atar las patas a Rocinante, y tratando ahora de atar la impaciencia de don Quijote, Sancho se pone a contarle un cuento. Se ha visto en ese cuento el "realismo" folklórico (ajustamiento a la forma rural de contar cuentos); pero no es su valor genérico (folklórico), con ser eviden-

<sup>16</sup> Además *soso* no tenía en el siglo xvi el significado aplicado a las personas que hoy le damos, o si alguna vez se documenta (yo no le he visto), sería un acto de estilo, realmente metafórico, no fijado en la lengua como hoy lo está. El *Dicc. Aut.* registra la acepción, 1739, pero no da ejemplo alguno anterior.

<sup>17</sup> Aunque, como improprio o desahogo emocional, los americanos dicen a uno (o de uno) *zonzo* cuando los peninsulares pueden decir *tonto*, los significados no se recubren: *tonto* puede connotar, con la falta de inteligencia, cierta fuerza de voluntad y empeño en la vida activa; *zonzo* connota, con la escasa inteligencia, cierta dejadez y cierta debilidad en la vida de relación. Mucho menos se recubren los significados de *zonzo* y de *soso*: *soso* es 'sin gracia' y se puede decir de un sabio reconocido como tal. La palabra peninsular que mejor cuadra al significado del americano *zonzo* es *bobalicón*, luego *bobo* y luego *tonto*.

te, lo que aquí vale, sino su realización individual y ocasional: como un momento de vida individual fingida ("imitada") por el arte. La cuestión es detener a don Quijote, entreteniéndolo el mayor tiempo posible, y Sancho no sólo cuenta su cuento con todas las de la ley folklórica ("Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar"), sino que diserta sobre las formas populares con falsa ciencia improvisada y con prudentes (miedosas) aplicaciones a la situación actual: "Y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron a sus consejas, no fué assí como quiera, que fué una sentencia de Catón Çonçorino, romano, que dize: "y el mal para quien lo fuere a buscar"; que viene como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo y no vaya a buscar el mal a ninguna parte", etc., etc.

Los lectores españoles del siglo xvii, y los lectores hispanoamericanos, catalanes y portugueses de entonces y de ahora, percibían y perciben inmediatamente la sal de ese "Catón Çonçorino": el simple de Sancho llama sin querer 'bellaco', 'tonto fingido' (para los hispanoamericanos 'bobalicón'), a quien él mismo invoca en su ayuda como Dechado de Sabiduría.

Los lectores coetáneos de Cervantes gozarían más vivamente el trabucamiento porque se hacía sobre un concreto personaje del teatro muy popular, y porque Catón resultaba doblemente estropeado, como dechado de saber y de rectitud; para los hispanoamericanos, catalanes, valencianos y murcianos, el trabucamiento se hace con una cualidad abstracta (*sonso*, no Çonço) y alcanza sólo a la inteligencia, no a la moral; pero, aunque empalidecido, todavía perciben el juego. Los portugueses de hoy lo sienten más ricamente que catalanes e hispanoamericanos, ya que son conscientes de su doble dirección intelectual y moral, pero menos que los coetáneos de Cervantes, pues ya han olvidado el concreto y divertido Çonço, base del disparate.<sup>18</sup>

Los comentaristas del *Quijote*, en cambio (Clemencín, Cortejón, Benjumea, Ochoa, Pellicer, Arrieta, Coll y Vehí, A. Bonilla y R. Schevill, Fitzmaurice-Kelly, Rodríguez Marín),<sup>19</sup> no se han dado cuenta del juego porque *zonzo*, nacido a fines del

<sup>18</sup> Para completar el cuadro comparativo, señalemos que los lectores modernos de cualquier país necesitan, además, cierta cultura libresca que les haga tener presente sin esfuerzo el término estropeado "Catón Censorino"; mientras que hacia 1600 "Catón el Censor" o "Catón Censorino" era un bien de la cultura oral y andaba en boca tanto de universitarios y clérigos como de Sanchos Panzas, Chiquiznaques, Repolidas y Panduros.

<sup>19</sup> En general, los anotadores dejan pasar sin glosa el Çonçorino de Sancho, aun viéndolo repetido en el *Rufián viudo*: Francisco Sales, en su edición del *Quijote*, Boston, 1836, I, 412, comenta sin otra intención que la de rectificar el nombre, quizá en beneficio de sus lectores norteamericanos: "Esta erudición excede la capacidad de Sancho, que como buen prevaricador de palabras, llamó Zonzorino a Catón Censorino." Algunos explican quién fué Catón el Censor y cómo murió de muy avanzada edad (por ejemplo, Schevill, *Comedias*, IV, 184) o comprueban, dejando un prudente margen de duda, que no se encuentra en Catón lo que Sancho le atribuye (Schevill, en *Quijote*, I, 20); la erudición de Sancho era, pues, simulada, como la del Obispo de Mondoñedo, según probó también circunstanciadamente el bachiller Pedro de Rúa en sus famosas *Cartas censorias*. Por fin, guiado por Schevill, IV, 184, encuentro una glosa bien encaminada, aunque con sus errores; está, no en las ediciones anotadas del *Quijote*, donde yo la buscaba, sino en CEJADOR, *La lengua de Cervantes*, II, 1166-67: "I, 20, 77 Catón Zonzorino Romano... Sancho estropea el nombre por ironía cervantina, aludiendo, a zonzorrión, aument. despect. de zonzo, insulso, simple o zonzoriano, como dicen en Honduras." Aunque no podamos admitir esa "ironía cervantina" (¿contra quién? ¿contra qué?); aunque çonçorino no esté ni pueda estar formado sobre zonzorrión, palabra que probablemente nunca ha existido en español como elemento de lengua, sino con la existencia uniocasional de estilo que le

siglo XVI, quedó desusado en el español de España ya en el siglo XVIII, y no fué nunca palabra literaria excepto unos pocos casos en el siglo XVIII.<sup>20</sup>

### III. Las clases de prevaricaciones

El Catón *Çonçorino* nos invita a buscar el sentido que pueden tener en la obra de Cervantes las prevaricaciones<sup>21</sup> idiomáticas de Sancho y también de otros personajes. Unos no tienen otra sustancia particular que la de mostrar y explotar como primaria fuente de regocijo la impericia (rusticidad frente a urbanidad) de Sancho, más divertida por funcionar en situaciones idiomáticas cultas, como son los diálogos con don Quijote o con otras personas instruídas: Sancho trastrueca algún sonido o sílaba en palabras que el libro y la universidad habían generalizado entre los instruídos, y que eran extrañas o advenedizas en la cultura rural de Sancho. Y dice *friscal* por *fiscal*, *litado* por *dictado*, *litar* por *dictar*, “*pastraña* o *patraña*”, *presonaje* por *personaje*, *fócil* por *dócil* y *abernuncio* por *abrenuncio*.<sup>22</sup> Luego veremos la importancia que a estas deformaciones concede Cervantes.

dió en 1614 (unos diez años después del también estilístico *Çonçorino*) un gracioso del teatro lopesco, y, en fin, aunque tampoco tenga que ver genéticamente con el otro deformativo moderno *zonzoriano* (Honduras), sino que *çoço-rino* está variado directamente sobre *censo-rino*, la verdad es que Cejador ha sido el único cervantista que entendió la alusión. Schevill, aunque remite a Cejador con ocasión del *çonçorino* del Rufián viudo, no hace suya la idea.

<sup>20</sup> Después del consejo de Chiquiznaque (por error de impresión se ha hallado en su lugar el otro rufián Juan Claros) de que Trampagos olvide a la difunta y, volviendo *sicut erat in principio*, tome otra prenda, exclama la Repolida: “*Çonçorino* Catón es Chiquiznaque.” SCHEVILL, *Comedias*, iv, 29. Un tercer pasaje en el *Entremés de la elección de los alcaldes de Daganço* (SCHEVILL, iv, 50), esta vez *Censorino*. Los regidores Panduro y Algarroba aprueban el programa ofrecido por el pretensor Pedro Rana: “ALGARROVA.—¡Vive Dios que ha cantado nuestra Rana / mucho mejor que un cisne quando muere! PANDURO.—Mil sentencias ha dicho censorinas. ALC.—De Catón *Censorino*: Bien ha dicho / el regidor Panduro. PAND.—Reprochadme. ALC.—Su tiempo se vendrá. ESTORNUDO.—Nunca acá venga / ¡Terrible inclinación es, Algarrova, / la vuestra en reprochar!” Panduro es un prevaricador del lenguaje, como Sancho, y dice *luenga* por *lengua*, *deslizia*, *habrar*, *Iamestad* por *Magestad*, etc.; Algarroba es su “reprochador de voquibles”, como Sancho dice a Sansón Carrasco. Por ejemplo: PANDURO.—¿Hallarse han por ventura en todo el sorbe...? ALC.—¿Qué es sorbe? ¿Sorbehuevos? Orbe diga / el discreto Panduro y serle ha sano” (pág. 43). “PANDURO.—...que, como un corte / ay potramédicos, aya potraalcaldes. ALC.—*Prota*, señor Panduro, que no potra. PAN.—Como vos no hay *friscal* en todo el mundo. ALC.—*Fiscal* ¡pese a mis males! ESTORNUDO.—¡Por Dios santo / que es Algarrova impertinente!” (pág. 45).

El *Censorino* de Panduro se alinea con los *Çonçorinos* de Sancho y de la Repolida, precisamente porque tanto el prevaricador como el reprochador son conscientes de que no ha dicho *çonçorino*. La gracia está en que, por esta vez, el prevaricador del lenguaje ha salido del paso sin estropear la palabra; el reprochador se lo concede; Panduro, triunfante, desafía: “¡Anda, repróchame ahora!”; “Si no ahora, pronto habrá ocasión”, responde el reprochador.

<sup>21</sup> “—*Fiscal* has de decir —dijo don Quijote—, que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda”, II, 19.

<sup>22</sup> “—Y montes que no sabría yo autorizar al *litado* —dijo Sancho. —*Dictado* has de decir, que no *litado* —dijo su amo—”, I, 21.

“Y de mí —dijo Sancho— que también dicen que soy uno de los principales *presonajes* della. —*Personajes*, que no *presonajes*, Sancho amigo —dijo Sansón.—¿Otro reprochador de voquibles tenemos? —dijo Sancho—”, II, 3.

“...y si yo me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan *fócil*... —...Ya caigo —respondió don Quijote— en ello: tú quieres decir que eres tan *dócil*”..., II, 7. *Dócil* era latinismo muy reciente. Es una de las palabras que Juan de Valdés “querría tomar de la lengua latina” (*Diálogo de la lengua*, ed. José F. Montesinos, 1928, pág. 132), y cuando la glosa es como vocablo latino: “*Docile* llaman los latinos al que es aparejado para tomar la doctrina y es corregible” (pág. 61).

“—...pero ¿azotarme yo? *Abernuncio*...” “—Digo, señora —respondió Sancho— lo que tengo

Un segundo grupo de deformaciones verbales añade al trabucamiento una versión de sentido, una como interpretación del nombre, por disparatada e inaplicable que sea en la frase y en la situación; son actos ocasionales de habla (como empiezan muchos otros semejantes que luego se fijan en la lengua), incluíbles en los que se llaman de etimología popular, que por lo común tampoco requieren justificación objetiva. Así fué como los españoles llamaron *Cuernavaca* al Cuauhnhuac mexicano, o los sorianos *Vallelengua* al antiguo Valleluenga ('larga'), o los burgaleses *Negredo* al ant. Nebredo, o *Zarzaguda* al ant. Zazaguda, o *Majalahonda* (Maja la honda) a Majada honda; y fuera de la toponimia, se dice por ejemplo *rui-señor* por el ant. *russeñol*, *huraño* (asociado con *hurón*) por el ant. *horaño* (f o r a n e u s), o *tartarabuelo* por *tatarabuelo*. En este nuevo grupo podemos distinguir entre los nombres propios, a los que Sancho añade un sentido cualquiera,<sup>23</sup> y los comunes, que Sancho deforma, cambia o mal interpreta sin designio ni conciencia de innovación. También nos dan ocasión estas faltas de Sancho para contemplar por separado los dos momentos sucesivos del proceso lingüístico normal en esta clase de cambios: el de *verhören* precediendo al de *versprechen*; la boca yerra porque ya ha errado el oído (la comprensión). Sancho interpreta la *Fili* que lee don Quijote en el cuadernillo hallado en Cardenio como *hilo*, I, 23, y análogamente repite como *Pandahilado* el nombre del gigante Pandafilando, I, 30,<sup>24</sup> y a la Condesa Trifaldi llama "Condesa Tres faldas o Tres colas, que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno", II, 37. Convenciendo a su mujer de que le deje hacer su segunda salida con don Quijote, Sancho sueña con poner a su hija Mari Sancha "en un estrado de más almohadas de velludo que tuvieron moros en su linaje los Almohadas de Marruecos", II, 5. El mecanismo, nada complicado, consiste en acomodar un nombre propio a la significación de alguno común que se le parezca, y en hacerlo sin conciencia de desarrollar una interpretación añadida: lo mismo que vale para los *Cuernavaca*, *Zarzaguda*, y demás casos de etimología popular.

Con los nombres comunes, naturalmente, el efecto cómico suele ser mayor, porque no se limita Sancho a añadir una significación intempestiva, sino que con ella borra o maltrata otra propia. Sancho interpreta como *omezillo* 'enemiga' el *homicidio* que dice don Quijote, I, 10, y como *patio*, *espeso* ('sucio') y *verde*, los *pacto*, *expreso* y *verídico* de su señor;<sup>25</sup> y cuando Sansón le advierte que "los que

dicho: que de los azotes, abrenuncio. —Abrenuncio debéis decir, Sancho, y no como decís —dijo el Duque", II, 35.

Alguna vez el mismo Sancho se denuncia sin esperar la habitual corrección: "...que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña o patraña o como lo llamáramos", I, 25. En otro pasaje se le deja sin correctivo, y eso que sus interlocutores eran el bachiller Carrasco y Don Quijote: "...y pongámonos luego en camino, por que no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le lita que persuada a vuestra merced a salir vez tercera por ese mundo", II, 7.

<sup>23</sup> A veces no hace más que cambiar un nombre inaudito por otro conocido, como cuando llama *Martino* a Mambrino, I, 21, o *Magallanes* a Magalona, II, 41.

<sup>24</sup> Descubriéndose, de paso, por estos dos trastrueques (y algo menos en *cananea* por *hacanea*), que el manchego Sancho aspiraba hacia 1600 la *h* procedente de la *f*-latina, como sin duda la aspiraría su señor.

<sup>25</sup> "...Sin duda, este maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto tácito o expreso con el demonio.—Si el patio es espeso y del demonio —dijo Sancho—, sin duda debe de ser muy sucio patio",

gobiernan ínsulas, por lo menos han de saber gramática”, Sancho responde, sacando de su trasfondo rústico la interpretación de aquella expresión: “Con la *grama*<sup>26</sup> bien me avendría yo, pero con la *tica* ni me tiro ni me aparto”, II, 2. En dos ocasiones Cervantes da a este recurso cómico de las falsas interpretaciones gran orquestación, amontonándolas:

“...de cuando en cuando les decían: —¡Caminad, trogloditas! ¡Callad, bárbaros! ¡Pagad, antropófagos! ¡No os quejéis, scitas, ni abráis los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros! ...Sancho iba diciendo entre sí: —¿Nosotros *tortolicas*, nosotros *barberos* ni *estropajos*? ¿Nosotros perritas a quien dicen *cita, cita*? No me contentan nada estos nombres, a mal viento va esta parva”, II, 68.

“...o ya hemos pasado o pasaremos presto por la línea equinoccial... —Y cuando lleguemos a esa *leña* que vuesa merced dice —preguntó Sancho— ¿cuánto habremos caminado? —Mucho —replicó don Quijote—; porque de trescientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el computo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando a la línea que he dicho. —Por Dios —dijo Sancho—, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice una gentil persona, puto y gafo [‘leproso’], con la añadidura de meón, o meo, o no sé cómo. Rióse don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al computo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y...”, II, 29.

La otra cara de la chusca comprensión de nombres extraños está en su chusco uso deformado, con cambio involuntario e inadecuado de significación; Sancho dice *relucida* por *reducida*, *gata* por *rata*, *revolcar* por *revocar*, *sorber* por *asolver* (‘resolver’), *cananeas* por *hacaneas*.<sup>27</sup>

Por último vienen unos trabucamientos, especialmente en nombres propios y alguno en nombre común, con los que Sancho atribuye a personajes de alguna

II, 25. COVARRUBIAS, *Tesoro*, s. v. *espesor*: “Espeso llamamos al que no es limpio... y la poca limpieza del hombre, de la muger o del lugar llamamos *espesura*.”

“...porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico. —No soy verde, sino moreno —dijo Sancho—, pero, aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra”, II, 41.

<sup>26</sup> *Grana*, instrumento rústico para majar el cañamo. *Grana* es también una hierba.

<sup>27</sup> “—Señor, ya tengo *relucida* a mi mujer a que me deje ir con vuesa merced adonde quisiera llevarme. —*Reducida* has de decir, Sancho —dijo don Quijote—, que no *relucida*”, II, 7.

“...y se descuente de mi salario *gata* por cantidad. —Sancho amigo —respondió don Quijote—, a las veces tan buena suele ser una *gata* como una *rata*. —Ya entiendo —dijo Sancho—, yo apostaré que había de decir *rata* y no *gata*; pero no importa nada, pues vuesa merced ha entendido”, II, 7.

“...sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda *revolcar*...”

“Admirado quedó el Bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza, que, puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí lo pintan; pero, oyéndole decir ahora *testamento* y *codicilo* que no se pueda *revolcar*, en lugar de *testamento* y *codicilo* que no se pueda *revocar*, creyó todo lo que dél había leído, y confirmólo por uno de los más solenes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habían visto en el mundo”, II, 7.

“...pero con todo eso, querría que vuesa merced me sorbiese una duda... —*Asolviese* quieres decir, Sancho —dijo don Quijote”, II, 8.

“...y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres *cananeas* remendadas que no hay más que ver. —*Hacaneas* querrás decir, Sancho. —Poca diferencia hay —respondió Sancho— de *cananeas* a *hacaneas*; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen, las más galanas señoras que se puedan *desear*...”, II, 10.

manera encumbrados, o a cosas de sustancia, nombres de significación grotesca o contraria a sus cualidades distintivas. Y así como los trastrueques del grupo segundo son un agravamiento de los del grupo primero, porque la deformación fonética se complica con la equivocación semántica, así los de este grupo tercero son un extremamiento grotesco de los del segundo, porque la interpretación de Sancho reduce a lo vulgar, grosero o negativo lo que en su propio ser es prestigioso y positivo, o por lo menos va a parar a una significación muy a despropósito. Así Sancho llama *Feo Blas* a Fierabrás, *Magimasa* a la Reina Magásima, *Abad* a Elisabat, *Guisopete* a Isopete (Esopo), *Malandrino* a Mambrino, *Çonçorino* a Catón Censorino, *Berengena* a Cide Hamete Benengeli, *cebollinas* a las martas cebellinas; y memoriza “alta y sobajada señora” por *soberana*; en un latinajo trabuca *quia in* con *quien ha* y *redemptio* con *retencio*, que en la frase citada cobra significación opuesta.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> Tras la moledura de los yangüeses (los molidos son don Quijote, Sancho y Rocinante), Sancho es el primero en dar señales de vida, “y hallándose junto a su señor, con voz enferma y lastimada dijo: —¡Señor don Quijote! ¡Ah señor don Quijote! —¿Qué quieres, Sancho hermano? —respondió don Quijote con el mismo tono afeminado y doliente de Sancho. —Querría, si fuere posible —respondió Sancho Panza—, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas... —Pues a tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba?” I, 15. La aparición del disparate en tan lamentosa situación del discurso hace estallar lo grotesco del “feo Blas”; don Quijote, molido y lamentoso también y fraternizando con su escudero en la desgracia (“¿Qué quieres, Sancho hermano?”), deja pasar el voquible sin el ordinario correctivo; don Quijote, que no está para reprochar, como Sancho no estará en otra ocasión para atender a las correcciones del Duque, cumple esta vez el ruego de Sancho de que no le enmiende los vocablos si es que entiende lo que quiere decir con ellos (II, 7).

“Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal”... I, 25. Sancho rehace *Isopete*, nombre corriente de Esopo (cf. el *Isopete historiado*, 1489), sobre *guisopo*, como se dice hoy mismo en Navarra sobre *hisopo*.

“...dijo que qué le iba a vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa o como se llama? ¿O qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo o no?”, I, 25.

“...hasta quitar aquel almete de Malandrino, o como se llama el moro, que no me acuerdo bien”, I, 19.

“¡Mirad, cuerpo de mi padre —respondió Sancho—, qué martas cebollinas o qué copos de algodón cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos!”, II, 14.

“...y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holandá y vestirme de martas cebollinas”, II, 53. Repetido y más explícitamente destacado por Cervantes en la comedia *La Entretenida*, ed. Schevill y Bonilla, III, 101: “TORRENTE.—Mudaremos este pelo / de sayal con cebollinas / martas. MUÑOZ.—Procurad que sean / ajunas, que sean más finas.”

“Aunque en el principio decía: Alta y sobajada señora. —No diría —dijo el Barbero— sobajada sino sobrehumana o soberana señora”, I, 26. “...y si algo se me acuerda es aquello del sobajada, digo soberana señora...”, I, 30.

“Quien ha infierno —respondió Sancho— nula es *retencio*, según he oído decir. —No entiendo qué quiere decir *retencio* —dijo don Quijote. —*Retencio* es —respondió Sancho— que quien está en el infierno nunca sale dél ni puede”, I, 25. La frase latina es: *Quia in inferno nulla est redemptio, miserere mei Deus, et salva me*. Cf. RODRÍGUEZ MARÍN, I, 299.

“...que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena”, II, 2. L. ECUÍLAZ Y YANGUAS, en *Homenaje a Menéndez Pelayo*, II, 132, quería que efectivamente *Benengeli* fuera *bedencheli* ‘aberenengado’, y RODRÍGUEZ MARÍN, vol. I, pág. 292, se lo acepta, pues como el ms. del Cid Hamete fué hallado en Toledo, y a los toledanos llaman *berengeneros* (como desde CLEMENCÍN, V, 76, explican todos los anotadores del Quijote, II, 27), encaja muy bien; como si dijera “Cide Hamete el Toledano”. Añadiríamos más: que pues “por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berengenas” como dice aquí mismo Sancho, y *berengeneros* se llamaba también a los moros y moriscos (CLEMENCÍN, notas a II, 2, y a II, 27; J. B. AVALLE ARCE, *RFH*, 1946, VIII, 143), *benengeli* significaría también, por vía de apodo, ‘el moro’, y en suma tendríamos “Cide Hamete el Moro Toledano”. Pero

Como en el grupo segundo, la falta de intención es lo que determina la naturaleza cómica de estos disparates semánticos, la falta de ironía y de toda malicia satírica —ni en Sancho ni en Cervantes— que recayera sobre las cosas nombradas; tal como es, su comicidad se basa exclusivamente en el des-atinar, en la inadecuación de la expresión a lo expresado, como puro acto de la divertida simplicidad del personaje que así habla. Su repetición es, además, para el autor, un eficaz procedimiento pictórico, un medio de caracterizar a su personaje y de darle una consistente identidad, fijándolo en la imaginación de los lectores como persona concreta; procedimiento artístico que Cervantes trae del teatro cómico a la novela (¡como que la dramatización del arte de contar es uno de los inventos artísticos capitales con que Cervantes da nacimiento a la novela moderna!) y que la novela ha seguido cultivando hasta hoy con gran provecho, variando la materia fijadora.

El des-atinar de Sancho funciona como elemento cómico en otras formas, trabucando no ya la pronunciación de una palabra, sino el uso de palabras o frases, ya por trastrueque mecánico, ya por intempestiva aplicación. Cuando Sancho cree muerto a don Quijote, después de la aventura de los disciplinantes, prorrumpe en un plancto de la mejor tradición literaria; sólo que, a la mitad, da de pronto un par de traspies y se dispara a trabucar: “¡Oh flor de la caballería...! ¡Oh honra de tu linaje...! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandro...! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede!”, I, 52. En otro pasaje de valor análogo, en vez del trastrueque de términos, lo que hay es la aplicación involuntariamente irrespetuosa de un dicho popular: después que don Quijote ha sido vencido por el Caballero de la Blanca Luna y ya camino de retiro, Sancho propone a don Quijote dejar colgadas de algún árbol las ya inútiles armas, y aun a Rocinante se pudiera colgar: “—Pues ni él ni las armas —replicó don Quijote— quiero que se ahorquen, porque no se diga que a buen servicio mal galardón. —Muy bien dice vuesa merced —respondió Sancho—; porque, según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar a la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese a sí mismo...”, II, 66.

Este género de deformaciones verbales como recurso cómico hoy ya no se usa tan pródigamente como no sea en cierto teatro chapucero; pero nos engañaríamos si, con criterio anacrónico, lo juzgáramos baladí en Cervantes.<sup>29</sup> La responsabi-

la interpretación de Eguílaz no es buena. César E. Dubler ha estudiado la historia y geografía de la berengena y de su nombre en *Al-An*, 1942, VII, págs. 267-389, desde la India, Persia, Arabia, África, España, Francia y resto de Europa, con variedades fonéticas y cruces románicos; y en ninguna parte aparece una forma con -n- (*bana-*, *bene-*); la -r- es ya árabe (*bārangān*). Es obvio que Cervantes quiso con su *Ben-* dar la forma española usual de *Ibn*.

<sup>29</sup> Un tan fervoroso cervantista como Rodríguez Marín creía que eran chistes de baja ley, gracias frías para el basto paladar del vulgacho (ed. del *Rinconete*, 1905, pág. 402), disparates que darían y dan gusto “al vulgo de los lectores; pero a los de paladar fino y delicado jamás debieron de hacer gracia” (Nueva edición crítica del *Quijote*, V, pág. 108). Pero a quien sabemos hicieron gracia estos mismos desatinos de Sancho sobre el computo del cosmógrafo Ptolomeo, II, 29, es nada menos que a don Quijote, flor y espejo de discreción. Todavía insiste Rodríguez Marín, *loc. cit.*: “Si Cervantes no tuviese de sobra mejores méritos, poca o ninguna fama habría ganado con el *Quijote*

lidad artística con que Cervantes las utilizaba y el valor que tienen en la estructura del *Quijote* se ve en su misma abundancia, aún mayor en la Segunda Parte, cuando Cervantes se siente más seguro y dueño de sus recursos en el arte de novelar,<sup>30</sup> y sobre todo en que Cervantes no las deja escapar en el diálogo, sino que, salvo rara vez, se detiene en ellas haciendo que una persona discreta las corrija, o las ría, o le provoquen por sí solas juicios redondos sobre la persona que las usa.<sup>31</sup> La forma más frecuente, casi una fórmula, es la enmienda directa: "*Eclipse* se llama, amigo, que no *cris*... —dijo don Quijote"; "*Estéril* queréis decir, amigo —dijo don Quijote"; "*Decid Sarra*, replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero", I, 12. Si don Quijote, que era la cortesía misma, no podía sufrir el trocar de vocablos, es que los tales trueques tendrían otra significación que la que hoy les damos. Aunque siempre ha habido personas que hablan mejor y peor, "el buen lenguaje" era entonces un valor nuevo como exigencia social y como aspiración del individuo, un valor puesto como primordial en la vida de relación por el Renacimiento en el siglo XVI. El Renacimiento destaca la buena crianza, ese cultivo de la personalidad para la relación social, cuya más alta expresión se plasma en el *Cortesano* de Castiglione. Y en la buena crianza, los modales lingüísticos eran capitales. En Italia, en España, en Francia, hombres eminentes y representativos de la cultura social se ponen con pasión a defender el uso de la lengua vulgar (nacional), frente al del latín, para todas las necesidades de la cultura superior.<sup>32</sup> Por ser "la lengua que nos es natural" (Valdés), "la lengua que Dios

entre los que saben de buenas letras." En cambio, al comentar los *Almohadas* por *Almohades*, II, 5, lo encuentra "donoso pronunciar mal de Sancho, prevaricador del buen lenguaje, II, 19, y faceto jugar del vocablo" (vol. IV, pág. 134). Pero no es cambio de opinión, sino defensa de su lectura -das, por autorizarse así contra la Academia, Clemencín, Hartzzenbusch, Máinez y otros que habían corregido en -des como errata.

<sup>30</sup> Se ve también en que las practican otros personajes populares del *Quijote* (el ama y la sobrina, el ventero, el cabrero de I, 12, y aun la discreta Dorotea, si bien ella lo hace con burla intencional: *Don Azote*, o *Don Jigote*, I, 30), de las *Comedias* y *entremeses* y de las *Novelas ejemplares*, especialmente en el *Rinconete*: Monipodio dice *estupendo*, *naufragio*, *adversario*, *popa* y *soledad*, por *estipendio*, *sufragio*, *aniversario*, *pompa* y *solemnidad*; la *Cariharta* dice *Marinero* de *Tarpeya* y *Tigre de Ocaña* por *Mira Nero de Tarpeya* y *tigre de Hircania*, *sotomía* por *notomía* ('anatomía') y *Judas Macarelo*; *Maniferro*, *Negrofeo* y *Arauz*, *Marión* por *Orfeo* y *Eurídice*, *Arión*; *Chiquiznaque*, *destrucción* por *instrucción*.

<sup>31</sup> Cervantes mismo se ríe con don Quijote, II, 29, de la interpretación que Sancho había dado al nombre y cómputo del cosmógrafo Ptolomeo, y hace que Sansón Carrasco cierre su juicio sobre Sancho como "uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos", al oírle decir "testamento y codicilo que no se pueda revolver", II, 7.

<sup>32</sup> En Italia, Bembo, Castiglione, Trissino, Varchi, Speroni, etc. En Francia Du Bellay, seguido por muchos. En España, Francisco López de Villalobos, Juan de Valdés, Alejo Vanegas, Pero Mexía, Francisco de Medina, Huarte de San Juan, Malón de Chaide, Cristóbal de Villalón, Cervantes, etc. Cf. AMÉRICO CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*, pág. 197, con bibliografía. Cervantes lo dice así, por boca de don Quijote, II, 16: "Y a lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doime a entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolución todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se estendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya." Estas ideas, expresadas primero por Bembo, venían en España mateniéndose con análogos argumentos desde Juan de Valdés, c. 1534, Ambrosio de Morales, 1546, y Fray Luis de León, 1585 (fuente principal de este pasaje del *Quijote*), y —lo que importa ahora comprobar— en 1615 todavía funcionaban vivas y con el mismo poder dialéctico en Cervantes.—Por ser nacional la defendían y cultivaban Nebrija, Cristóbal de Villalón y Cristóbal de Castillejo.

y Naturaleza nos han dado" (Villalón), la lengua nuestra (Fray Luis de León), merece que la honremos y cultivemos más arriba de lo que están las lenguas áulicas. De este aprecio nace y se extiende un doble ideal de buen lenguaje: *hablar* con propiedad y cortesía, ideal representado en España principalmente por Juan de Valdés y Ambrosio de Morales, y el de *escribir* con propiedad, elegancia y armonía, mantenido polémicamente con extraordinario talento por Morales, Herrera y Fray Luis de León.<sup>33</sup> El del bien hablar importa ahora, y sólo el pensar que un Bembo y un Juan de Valdés estimaran ocupación de peso el discurrir sobre cuestiones casuísticas del bien hablar<sup>34</sup> debe hacernos reconocer su principal importancia en el conjunto de la cultura de entonces. El bien hablar era uno de los ideales activos en la perfección de la persona e integraba el ideal de la buena crianza. Castiglione dedica tres capítulos, I, 6-8, al buen lenguaje en su *Cortesano* perfecto; Gonzalo Fernández de Oviedo<sup>35</sup> destaca que si Toledo es donde mejor se habla, y, de Toledo, la Casa Real, es por la concurrencia de príncipes "e bien criados señores", y "porque allí es la escuela e toque de la buena crianza". Ambrosio de Morales coloca también el buen lenguaje como parte principal en la educación del hombre,<sup>36</sup> y si Cervantes reprocha a Sancho sus *presonajes* y sus *friscalles* y su *regoldar* por *eructar*, también le avisa que se corte las uñas, que ande compuesto en el vestir, que no masque a dos carrillos ni eructe delante de nadie, y, en fin, juntando el andar y el hablar en el porte de la persona, le aconseja cuando lo envía a ser gobernador, II, 43: "Anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala."<sup>37</sup> Como había pasado con el ideal general del Cortesano, el del bien hablar empezó por ser privativo de los mejores, aristocrático en todos los sentidos; pero, aunque con su proporcional debilitamiento, en el transcurso del siglo XVI se fué extendiendo y bajando por la sociedad. Para Castiglione el Cortesano es el palaciego; para Cervantes, el Cortesano es el "discreto" habitante de la corte.<sup>38</sup> Entre ambos está

<sup>33</sup> La implicación de estos tres aspectos (el español frente al latín; el cultivo literario del español; el buen lenguaje hablado) se manifiesta en carne viva en Fray Luis, *Dedicatoria* al libro III de *Los Nombres de Cristo*.

<sup>34</sup> Digo casuísticas, por ejemplo, cuando Valdés advierte que *acucia*, *ál*, *asaz*, *adufre*, *abonda* y *ayuso* suenan a viejo o a rústico, desalojados por *diligencia*, *otra cosa*, *harto*, *pandero*, *basta* y *abaxo*; o cuando dice que *escribir*, *rencor*, *rebaño*, *vanidad*, *invernar*, *trasquilar*, *ospital*, *riguroso*, *ruído*, *os hablan*, *comprad*, *visitar*, *estonces*, *siringa*, *sastre*, etc. etc., están mejor que *escrevir*, *rancor*, *rabaño*, *vanedad*, *envernar*, *tresquilar*, *espital*, *rigoroso*, *roído*, *vos hablan*, *comprá*, *vigitar*, *entonces*, *xiringa* y *xastre*.

<sup>35</sup> *Quinquagenas*, 510, apud A. CASTRO, *ob. cit.*, pág. 200.

<sup>36</sup> Educación (pedagogía, amaestramiento) decimos hoy; *prudencia* (logro, hechura, discreción) es lo que dice Morales, *ob. cit.*, pág. 1: "Una buena parte de la prudencia de los hombres es saber bien el lenguaje en que nacieron, y el principal ornamento con que el hombre sabio ha de arrear su persona y en que debe señalarse entre los otros es en hablar ordinario, que todos entiendan..." En la pág. 7 se apoya en Castiglione, quien enseña a su cortesano ideal "cómo se ha de arrear mucho del bien hablar en su lengua i preciarse desto más que de ninguna otra gentileza".

<sup>37</sup> Acotemos una vez más el magnífico pasaje de Cervantes de II, 19, ahora porque en él vale la idea de que el mejor lenguaje se hallará siempre inseparable de la mejor crianza, y hasta resulta piedra de toque de la discreción (la más alta cualidad personal, para Cervantes): "El lenguaje puro, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso."

<sup>38</sup> Morales, con su "hombre sabio", elige también un hombre de excepción; en la pág. 17 declara: "Mas yo hablo con los doctos y con los buenos juicios... y no hago caso de gente vulgar."

Fray Luis, a quien sorprendemos, aún en 1585, en plena batalla por que el principio del "vulgar" cultivado sea aceptado por la generalidad de los hombres de letras: "Y de éstos son los que dicen que no hablo en romance porque no hablo desatadamente y sin orden... porque piensan que hablar romance es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común [= 'natural'], sino negocio de particular juicio..." (Dedicatoria del libro III de *Los Nombres de Cristo*). Para la extensión que el ideal social y personal del buen lenguaje había alcanzado ya en los días de Sancho, el mejor pasaje cervantino es uno al final del *Rinconete*. En la decisión que Rinconete toma de apartarse del patio de Monipodio, por incompatibilidad, colaboran su buen entendimiento, su buen natural y el que sabía algo de buen lenguaje (inteligencia, fondo moral, educación), y lo que en sus pobladores reprueba es 1) los disparates de lenguaje, 2) las prácticas devotas en la vida de pecado y crimen, 3) la obediencia y respeto a hombre tan bárbaro y desalmado como Monipodio, 4) su ocupación en robos y cuchilladas. Con su extensión social en marcha, ya vemos cuán vivos y presentes estaban estos valores en Cervantes y en la sociedad española de su tiempo; valores idiomáticos que integraban el valor total de la persona.

Y como Cervantes no era un pedagogo ni un mantenedor de ideas sociales, sino un creador de vidas, con el tapiz nos da el envés, la otra cara de la cuestión, la parte de los Sanchos. Y ni antes ni ahora como exposición de ideas, sino como creación de momentos de vida. Los Sanchos se resistían (mientras lo iban aceptando) al trabajo de educación que la presión social de los cultos les imponía. Si los cultos, movidos por el ideal de la buena crianza y de la perfección de la persona social, sometían el uso del idioma a las exigencias de los buenos modales, para los Pedros y Sanchos esas eran niñerías;<sup>39</sup> ellos se querían contentar —idea nunca muerta— con el empleo meramente práctico: el lenguaje cumplía sus fines cuando permitía la comunicación. "Estéril o estil todo se sale allá", replica Pedro el cabrero a don Quijote, su reprochador; "poca diferencia hay de *cananeas* a *hacaneas*", dice Sancho en situación análoga. Cada cual con su punto de vista, que Pedro y Sancho defienden con sólo enunciarlo.<sup>40</sup> Morales pedía: "Yo no digo que afeítes nuestra lengua castellana, sino que le laves la cara. No le pintes el rostro, mas quítale la suciedad" (*ob. cit.*, 11). Los Sanchos, en cambio, se resistían a lavarse ninguna cara, y en vez del aprecio renacentista de lo natural con pulimento y cultivo, ellos querían que los dejasen en paz en lo natural. Pero al fin iban cediendo

Valdés se refiere siempre a caballeros y gente principal; Menéndez Pelayo lo llamaba "anacoreta de la buena sociedad, catequizador de princesas". Con otra simpatía, Montesinos destaca que fué un director de conciencias en el seno de un cenáculo aristocrático. Pero Cervantes pone la prerrogativa en la discreción, aunque sea de cualquier pueblerino, ejercitada en la corte; sin discreción y sin saber, cualquier caballero es vulgo. Ya lo había dicho en II, 16, por boca del hidalgo pueblerino don Quijote: "Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo a la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo."

<sup>39</sup> "Eclipse se llama, amigo, que no cris... —dijo don Quijote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo..." I, 12.

<sup>40</sup> O bien declaran que querer corregirlos es perder el tiempo. Cuando don Quijote le enmienda Sarra por sarna, Pedro le pide que no le andé zahiriendo a cada paso los vocablos, que no acabarían en un año, I, 12. Y Sancho a Sansón: "¿Otro reprochador de voquibles tenemos? Pues ándense a eso y no acabaremos en toda la vida", II, 3.

y dejándose influir. A lo largo del libro Sancho se nos ofrece como una sorprendente muestra de este proceso cultural, en tres momentos —barajados, no pedagógicamente seriados— de la progresiva invasión cultista. Primero, el de la resistencia, con la afirmación de su distinto punto de vista: no se le puede pedir a un rústico lo que a un universitario o a un cortesano,<sup>41</sup> o bien, que se quede para otros eso del hablar polido, que a mí me basta con que me entiendan: “—Una o dos veces, si mal no me acuerdo, he suplicado a vuesa merced que no me enmiende los vocablos si es que entiende lo que quiero decir con ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho, o diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme; que yo soy tan fócil...” Aquí don Quijote, en vez del reproche habitual, pero con su mismo designio de corrección, toma pie de lo que Sancho le pide y, fingiendo no entenderle: “—No te entiendo, Sancho —dijo luego don Quijote—, pues no sé qué quiere decir *soy tan fócil*. —*Tan fócil* quiere decir —respondió Sancho— *soy tan así*.—Menos te entiendo ahora —replicó don Quijote. —Pues si no me puede entender —respondió Sancho—, no sé cómo lo diga; no sé más, y Dios sea conmigo”. Este “Dios sea conmigo”, por ser vida presentada y no ideas explicadas, expresa mejor que nada la posición personalísima de Sancho en particular, y con aplicación descarnada y cultural, la de los Sanchos en general: adscritos a la lengua tal como la naturaleza se la da, se encuentran desarmados y en total desamparo si ven que se les pide un esfuerzo de cultivo personal. Don Quijote, paternal, se apiada de aquella perplejidad: “Ya, ya caigo en ello: tú quieres decir que eres *tan dócil*, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.” La cuestión histórico-cultural de la lengua natural o cultivada resulta aquí mera materia para la creación de momentos de vida, y se convierte por gracia de la creación poética en relación bien personal don Quijote-Sancho, afectivo-formadora y con ida y vuelta. Sancho, feliz al sentirse sacar del atolladero por la condescendencia de su amo, y feliz de comprenderlo así, sonrío aceptando la burla: “—Apostaré yo que desde el principio me caló y me entendió; sino que quiso turbarme, por oírme decir otras docientas patochadas. —Podrá ser —replicó don Quijote—. Y en efecto”, etc. II, 7.

Atendiendo ahora al lado histórico-cultural, este primer momento de resistencia y de partición de intereses se puede también inducir de la abundancia de reprochadores, que se comprueba no sólo por el gran número de estas correcciones en la literatura (sobre todo en el teatro), sino porque *reprochar* adquirió la significación especial de ‘corregir a otro los vocablos mal usados’ (no registrada por Correas). Para los enmendados debía de llegar a ser cosa insufrible: “Terrible incli-

<sup>41</sup> “No se apunte vuesa merced conmigo —respondió Sancho—, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado o quito alguna letra a mis vocablos. Sí, que ¡válgame Dios! no hay para qué obligar al sayagués a que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto de hablar polido”, II, 19. El Licenciado concede: el buen hablar no lo da el lugar de nacimiento, sino el trato con una u otra clase de personas: “Así es —dijo el Licenciado—; porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor, y todos son toledanos.” Y a continuación viene el tan citado pasaje de que el mejor hablar es el de los discretos cortesanos aun que hayan nacido en Majalahonda.

nación es, Algarroba, / la vuestra en reprochar”, dice un personaje de *El rufián viudo*.

El segundo paso es cuando la idea o ideal de los cultos, a pesar de la explicable resistencia, iba entrando en las mentes de los Sanchos. Lo vemos ya, claro está, en los adelantos que Sancho Panza va haciendo en el hablar, pero más al caso en el contexto de algunos de sus propios disparates. Ya -en la suposición de Sancho de que “toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto de hablar polido”, se denuncia la aceptación de una excelencia, aunque Sancho no la vea a su alcance, y se consuele precisamente con que tampoco la tienen otros, por toledanos que sean. Si dice “pastraña o patraña o como lo llamáramos”, I, 25, es que tiene conciencia de que una forma es la buena y querría emplearla, siquiera por no sufrir la censura de su amo. A veces, tras el tropezón, él mismo se corrige, esquivando así la corrección ajena de ahora y mostrando que aprovechó la de antes: “y si algo se me acuerda es aquello del *sobajada*, digo *soberana señora*”.<sup>42</sup>

Por último, Sancho ejemplifica también el tercer paso de este proceso cuando él a su vez se pone a reprochar voquibles a su mujer, convirtiéndose en agente propagador del ideal culto: “Y si estáis revuelto en hacer lo que decís... —*Resuelto* has de decir, mujer<sup>43</sup> —dijo Sancho—, y no revuelto.” Pero la mujer defenderá ahora contra Sancho lo que Sancho otras veces contra sus reprochadores: la suficiencia del lenguaje en su natural; sólo que Sancho y el cabrero lo defendían aduciendo que ya cumplía así su función práctica de comunicación; Teresa, sin necesidad de más justificación, como cosa “natural” y porque no hay por qué pasar de lo natural: “No os pongáis a disputar, marido, conmigo —respondió Teresa—. Yo habla como Dios es servido y no me meto en más dibujos”, II, 5. Sancho reprochador, es una de las manifestaciones más elocuentes de esa su quijo-tización a que nos abrió los ojos Unamuno.

Aquí se ve cómo el *Quijote* es una novela-mundo donde se tejen y entretejen —en tejido viviente, en interactivas vidas individuales— todos los filamentos de aquella vida española. Y también se ve cómo, en lo esencial, la tarea artística de Cervantes era la creación de esas vidas particulares en su particularidad, o por lo menos en eso, creo yo, alcanzó su grandeza; y que la asombrosa vida cultural

<sup>42</sup> I, 30. Más casos: “...aquella reina Magimasa o como se llama”, I, 25. “...aquel Almete Malandrino o como se llama el moro, que no me acuerdo”, I, 19. A lo de rata y no gata por cantidad, Sancho acepta la lección, aunque poniendo todavía la última instancia de validez para el lenguaje en su uso práctico como suficiente: “Ya entiendo —dijo Sancho—; yo apostaré que había de decir rata y no gata, pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido”, II, 7. También resulta una parcial aceptación de la conveniencia de la enmienda (en suma, aceptación del otro punto de vista en el lenguaje) el que Sancho desatienda una del Duque porque entonces no estaba el horno para bollos, y se excuse por lo turbado que está: “Abrenuncio habéis de decir, Sancho, y no como decís —dijo el Duque. —Déjeme vuestra grandeza —respondió Sancho—; que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras más o menos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, o me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago”, II, 35.

<sup>43</sup> La acción de censurar se dulcifica un poco con la adición de un vocativo de afectuosa condescendencia: “Personajes, que no presonajes, Sancho amigo —dijo Sansón—; “Abrenuncio habéis de decir, Sancho, y no como decís —dijo el Duque—”; “Asolviese quieres decir, Sancho —dijo don Quijote—”. Es casi una ley. Con ello, como con cierto uso del diminutivo (“¿Lo ves? Ya has derramado la agüita”, dice la niñera al niño; cf. mi artículo en VKR, 1935, VIII, 117), lo que se quiere es no sacar el reproche de la situación amistosa.

implicada era resultado de su modo de crear esas vidas particulares.<sup>44</sup> Cervantes se mete por turno en sus personajes —en don Quijote o en Maritornes, en el Duque o en Sancho—, se instala en ellos y se entrega a la índole de cada uno viviendo creativamente sus actos y sus dichos con toda la complejidad de sus motivaciones psicológicas, sí, pero también culturales. Por ser vidas creadas, vividas por Cervantes con tan verdadera objetivación, dice Sancho una patochada y don Quijote se la corrige, y con ello ya se echa a andar en cada uno todo el engranaje cultural, quiero decir que resultan alcanzados, que se hacen presentes y funcionando toda la red de valores, prejuicios, hitos, inhibiciones y supuestos que mantienen coherentes la conducta y personalidad de cada uno. En esto, creo yo, está el gran arte del *Quijote*, en imitar la vida (digámoslo con Aristóteles) con todas las implicaciones de la verdadera, con toda su inagotable complejidad, sorprendiendo y moviendo cada vez con toque unitario los resortes del corazón y de la mente de sus criaturas y los de la sociedad que los nutre y los combate. Este gran arte triunfa así lo mismo en la aventura de los galeotes con sus altos ideales de justicia y de enmienda interior, que en las mentiras de Sancho a la Duquesa sobre las siete cabrillas o en las fintas de prevaricadores y reprochadores de voquibles.

Tiene razón, en general, Rodríguez Marín al decir que esas gracias de Sancho nos resultan frías; pero sólo para el lector de hoy, exterior a las implicaciones culturales del Renacimiento tardío.<sup>45</sup> Nuestro siglo es sin duda aún heredero de

<sup>44</sup> No es el único modo cervantino (nunca habrá en el complejísimo y riquísimo Cervantes un único modo). Las fuerzas culturales, las ideas y valores de su tiempo interesan con seria responsabilidad al sentido crítico de Cervantes, de mente problemática (por descubrirlo, *El pensamiento de Cervantes*, de Américo Castro, ha hecho época en los estudios cervantinos), y por eso son temas de discursos y conversaciones de discretos: el discurso de la Edad de Oro, el de las armas y las letras, el de la pastora Marcela, las conversaciones de don Quijote con don Diego Miranda, la del canónigo de Toledo, etc. Aun en estos casos de tratamiento implícito y discursivo, Cervantes los presenta en situaciones concretas y circunstanciales, como formas temporales de vida individual.

<sup>45</sup> Con todo el respeto para otros puntos de vista, creo oportuno declarar que, en efecto, este tan importante aspecto del arte cervantino es renacentista (viene del último siglo del Renacimiento) y no barroco. Si Quevedo, Gracián y Góngora son inequívocamente barrocos, será prudente no llamar en esto a Cervantes con el mismo término de clasificación. Fuerte característica del barroco es el juego o laboreo de las expresiones mismas, pero de muy diferente signo. A los barrocos no les atraían los involuntarios des-atinos de un Sancho, sino el torcido atinar intencional, el plus de significación, un productivo juego de escondite entre las significaciones (ver MENÉNDEZ PIDAL, *Oscuridad y dificultad entre culteranos y conceptistas*, RF, 1942, y en el tomo *La lengua de Cristóbal Colón*, Buenos Aires, 1945). “La primorosa equivocación es como una palabra de dos cortes, y un significar de dos luces”, dice Gracián en su *Agudeza*. “Dicen que era de muy buena cepa, y, según él bebió, puede muy bien creer” (QUEVEDO, *Buscón*). Spitzer habla de una especie de consecuencia verbal y de perseverancia en lo idiomático: “una plática corta, que aun por no gastar, no duró más” (*Zur Kunst Quevedos*, en *Romanische Stil- und Literaturstudien*, II, 82). Aunque Cervantes hace muy variados juegos verbales (Cf. AMES H. CORLEY, *Word-play in the “Don Quijote”*, separata de *RHi*, XL, New York, 1917), los de cariz barroco son rarísimos, y nunca muy barrocos: “y aunque (el rocín) tenía más cuartos que un real...” I, 1; “porque las más (dueñas) oliscan a terceras, habiendo dejado de ser primas”, II, 40; “les agué el contento del agua”, II, 3. Estos son los más parientes de los barrocos; ya se ve cuán poco y cuán pocos. Los abundantísimos que aquí hemos estudiado derivan del teatro cómico del siglo XVI y más directamente del de Lope de Rueda, en quien abundan tanto como en su admirador Cervantes, y hasta con la misma fórmula de retruque, por ejemplo en la *Eufemia*, I: “MELCHIOR (simple).—A ese Melchior échele un soportativo y verá cuán rezio so con él. LEONARDO.—Superlativo quieres decir, badajo. MELCHIOR.—Sí, señor...” “MELCHIOR.—En verdad, señor, que no se ha hallado tras della tan sola una máscula. LEONARDO.—Máscula querrás dezir.” Y en latinajos: “y cuando se volvió a dezir el *benelicamus dólime*, que responden los otros don *grásilas*...” (especialmente frecuentes en Torres-Naharro). Los moriscos y más aún los negros hablan constantemente

aquellos ideales renacentistas de cultivo de la persona, pero con los efectos de su larga historia. Y así como en esos ideales el cortesano se transformó en el *citoyen* de los siglos XVIII y XIX y en el *efficient man* del XX, así las exigencias de buen lenguaje, aunque han seguido siendo concomitantes, se han venido también acomodando a las exigencias del ideal conjunto, y sufriendo el amortiguamiento de la larga familiaridad. En el siglo XVI es cuando nace la necesidad de fijar las lenguas vulgares y nacionales, y el siglo XVII llega en plena labor de fijación. Desde el siglo XVIII (antes en Francia y en Italia), las Academias y por fin la escuela las han fijado, aunque no tanto como las Academias quieren. El siglo XVI, aún más que el XVII, es el horno en que se está cociendo la lengua moderna, con el triunfo paulatino, aún no precipitado, del hablar de los cultos, de base universitaria y escrita, que iba invadiendo y disciplinando al habla popular (mientras él mismo afloja su rigor). Todo el mundo era sensible a estas operaciones de fijación. Los valores del bien hablar eran entonces vivos y formadores, porque estaban haciéndose. Ahora, en cambio, son de repertorio. Por eso los trabucamientos de Sancho, y sobre todo en tal abundancia,<sup>46</sup> no pueden herir nuestra imaginación como entonces lo hacían. En suma, al lector moderno en general no le hacen tanta gracia porque, a tres siglos de distancia, ya no oye las voces implícitas en ellos, ni siente funcionar en ellos los graves intereses culturales que realmente funcionaban (sí; materia grave, humorísticamente tratada: ahí su eficacia cómica). Pero si no nos hacen ya gracia es por nuestra deficiencia de percepción (de comprensión), no por insignificancia de la materia ni por endeblez de su estructura.

AMADO ALONSO

Harvard University.

con estos desatinos, *cargañeros-caballeros*, etc.; aunque por ajenos a nuestra lengua forman un caso adjunto, no del todo idéntico, todavía repiten el mecanismo de réplica: "GUIOMAR (negra).—En apués ¿no me manda señora Clavela que colamo la flor de la caçucena? GERARDO.—De açucena, diablo; questo pienso querrás dezir" (RUEDA, *Los Engañados*, esc. III; ed. E. Vilella Chasca, Chicago, 1941, pág. 107). "VERGINIO.—¡Ganosa está la bestia de comparaciones! PAJARES (simple).—Bastían de Pajares me llaman, señor, para quanto mandare", *ibid.* 119. "VERGILIO.—¿Sabes tú, inocente, si tengo alguna cavalgadura en casa? PAJARES.—¿Quién te demanda cavalga dura? Cavalga blanda me dicesse vuesa merced, que cavalga dura ni grado ni gracias", pág. 121. Trastrueques: "PAJARES.—¿...y que todos los buenos con pan son duelos?", pág. 121. Etc., etc. Torres Naharro hace especialmente estos juegos entre lenguas o dialectos (así se hacía en la comedia italiana): "FAMA.—Hermano, yo soy la Fama. MINGO OVEJA.—La fambre, dirás mejor" (*Trofea*, ed. Gillet, pág. 111. *Fame* es 'hambre' en asturiano); en la *Comedia Soldadesca* el Introito (vv. 15-16) dice: "los letrados / que enfingen de necenciados", con juego *necenciado-licenciado* sorprendentemente paralelo al de *Çonçorino-Censorino*. Poco más. Pero el fenómeno entero del sayagués, como procedimiento pintoresco, queda incluido en esta explicación cultural.

<sup>46</sup> Hoy se usa muy parcamente entre los escritores de calidad, y ya tiene otra significación. Por ejemplo, Benavente, *Los malhechores del bien*, hace quejarse a una señora de que esto no pasa "ni entre los negros antropólogos". La pérdida de la antigua significación social se ve en que hoy no sería admisible la constante enmienda a cargo de un instruido: "Antropófagos querrá usted decir, señora, y no antropólogos." Sonaría a insufrible pedantería del autor. Sin embargo, lo ha hecho Galdós, por ejemplo, en *Realidad* (la novela, no el drama), III, I, entre criadas, creo que en imitación de Cervantes —imitado también en cosas de mayor monta—, aunque sin resaltarlo tanto, apenas pasado de refilón: 1) CLAUDIA.—Claro, quería que fuéramos *verdugas* de la infeliz señorita. BÁRBARA.—*Verdugos* se dice... Es un egoísta, etc. 2) CLAUDIA.—...y fuera de su *alimento*. BÁRBARA.—De su elemento diría. CLAUDIA.—Eso es, de su elemento. 3) CLAUDIA.—Porque eso es un *maricronismo*. BÁRBARA.—*Ana...* *cronismo* me parece que se dice; pero no estoy segura... Pues ese hombre, etc.